

dido que la misma voluntad de querer adelantar en la carrera del espíritu, es ya un inestimable don de Dios—Pongamos, pues, de nuestra parte los medios según nos sea posible con el divino auxilio, y al mismo tiempo dirijámonos frecuentemente á Dios, diciéndole: *Señor, enseñadnos á orar, enseñadnos á meditar; concedednos el don de la oración.— Con ella recibiremos todos los bienes, y por sus manos adquiriremos innumerable riqueza..... porque es un tesoro infinito para los hombres, los que lo usan han sido hechos participantes de la amistad Dios, recomendables por los dones de la doctrina.*

## ARTICULO VI

### AVISOS DEL V. P. GRANADA SOBRE LA MEDITACIÓN

#### I

En cuanto al ejercicio del entendimiento, dice el P. Granada, que se ponga ante sus ojos con *mirada sencilla sosegada la materia* de la meditación, ponderando luego con la razón los fundamentos, materias y circunstancias de lo que mejor puede *mover* á la voluntad al arrepentimiento de los vicios, pecados ó pasiones y á la prosecución del bien y práctica de la virtud.

Es práctica *muy necesaria* apuntar por escrito 1.º los *motivos y razones especiales*, que más nos han afectado para realizar una resolución importante en la vida; 2.º y las *luces* que hayamos recibido en la meditación sobre un punto concreto: Así conservaremos los beneficios divinos y recordamos los *alicientes impulsivos* del bien obrar.

#### II

Dice el P. Granada: «Cuando nos pusiéremos á considerar y meditar alguna cosa, no debemos estar tan *sujetos* y *atados* á ella, que estimemos como mal hecho salir de ella y pasar á otra; porque lo que sirviere más y mejor pa-

ra la devoción y mover nuestra voluntad, eso debe ser aceptado; no obstante, no debe obrarse con ligera y por livianas causas sino por *ventaja conocida*.

#### III

Es de advertir que la consideración del entendimiento sea *sencilla*, sosegada y nada *curiosa*. Y cuando sin actuarse el entendimiento en consideraciones, nos sorprende la devoción y la voluntad se mueve á santos afectos, es conveniente, por respeto á la moción del sujeto dejar correr el corazón á su placer y bajo la impresión excitante y elevante de la gracia sin cuidarse del entendimiento, pues, el fin de la meditación consiste en que la voluntad se aficione á las cosas de Dios y se olvide de sí misma.

Y así sería error apagar el fuego de los santos afectos, por acudir á *encenderle* con nuestras consideraciones: los ángeles al anunciar la venida del Mesías no cantaron: «pax boni intellectus, sino pax bonæ voluntatis»

#### IV

Trabaje el que medita por evitar en este ejercicio la demasiada especulación y elucubración del entendimiento, y procure actuarse en la meditación más en afectos y sentimiento de la voluntad, que en discursos y razonamientos fríos del entendimiento, porque el fin de la meditación no es hacer sabios sino santos, no es ilustrar el entendimiento secamente sino mover eficazmente la voluntad in bonum practicum et concretum.

Indudablemente, andan desorientados los que en la meditación ponderan los misterios divinos como si estudiaran para predicar: lo cual más es derramar el espíritu que recogerlo, y más es vivir fuera de sí que dentro de sí. Se medita no para ser académico sino para llorar en la presencia de Dios.



V

El aviso anterior nos enseña cómo debemos contener y tener á raya el entendimiento y entregar todo el negocio de la meditación á la voluntad. El presente aviso pone también tasa y medida á la misma voluntad para que no se extralimite ni sea demasiada ni vehemente en su ejercicio y funcionamiento, para lo cual has de saber que la devoción, que pretendemos alcanzar no es cosa que se ha de alcanzar á fuerza de brazos, ahincos y cruces ó tristezas, pues, esto suele secar más el corazón é inhabilitarlo para la visita del Señor, como enseña Casiano. Además estos esfuerzos imprudentes causan daño á la salud corporal y á veces dejan el ánimo tan atemorizado con el sinsabor y acíbar que allí recibió, que teme tornar otra vez á semejante ejercicio, pues, experimentó allí mucha pena y no sacó provecho alguno espiritual.

Conténtese, pues, el que medita con hacer buenamente lo que de sí pueda, mirando con vista interior sencilla y sosegada y dispuesto á recibir el afecto que la Divina Misericordia le sugiriese. Y esto hecho, no se acongoje por todo lo demás, aunque no le fuere dado. «Non volentis neque currentis, sed miserentis est Dei».

VI

Sobre la manera de atención en la meditación; principalmente conviene aquí tener el corazón no caído ni flojo sino vivo, atento y levantado á lo alto. Esta atención conviene sea templada y moderada, para que no sea dañosa á la salud ni impida la devoción, pues, muchos fatigan la cabeza con la demasiada fuerza que ponen para estar atentos en lo que piensan, y, en cambio otros, por evitar el inconveniente de la salud, están allí muy flojos, y remisos y expeditos para ser llevados de todos vientos.

Lo prudente es aceptar el término medio, que consiste en que ni con la demasiada atención fatiguemos la cabeza, ni con el mucho descuido y flojedad dejemos andar vagueando el pensamiento por donde quisiese. De manera que así como solemos decir al que va sobre una bestia maliciosa y mal educada, que procure llevar la rienda floja y tirante, esto es, ni demasiado prieta ni muy floja para que no vuelva atrás ni camine con peligro, así debemos procurar que vaya nuestra atención moderada, no forzada con violencia, ni con apatía y flojedad ni con fatiga ni congoja gobernada.

Particularmente precisa avisar que al principio de la meditación no se fatigue la cabeza con demasiada atención, pues suelen faltar, sino, para lo más principal y esencial las fuerzas: como faltan al caminante, cuando al principio de su jornada se da mucha prisa para caminar, y después, jadeante y rendido, se detiene y retrocede de su viaje. *¶ Tota nocte laborantes, nihil caepimus!!* por desaliento é imprudencias cometidas. *Sic currite, ut comprehendatis.*

VII

Entre todos estos avisos el principal sea que no desmaye el que medita ni desista de su ejercicio, cuando no siente luego ni en aquel día ó semana ó mes ó año aquella blandura de devoción que desea. Necesario es con perseverancia, paciencia y grande humildad esperar la venida del Señor; porque á la gloria de su Majestad y á la bajeza de nuestra condición incumbe el esperar y aguardar á las puertas de su palacio sagrado.

Y cuando después de esperar mucho, viniese el Señor, dale las gracias por su venida; y si no viene, humíllate ante S. D. Majestad y recónocete indigno de toda consolación y piensa que no mereces lo que no te dieron; haz,



no obstante, sacrificio de tí mismo y del tiempo allí empleado y alégrate de haber negado tu propia voluntad, mortificado tu apetito, luchado contigo mismo y practicado lo que has podido de tu parte.

Y si no adoraste al Señor con la adoración sensible que deseabas, basta que le adoraste en espíritu y en verdad, como El quiere ser adorado y está cierto que este es el paso más peligroso de esta navegación y la piedra de toque donde se prueban los verdaderos devotos, y si de esta prueba salieses bien, en todo lo demás te irá prósperamente.

### VIII.

Trascendental á importantísimo aviso es el amonestar que el que medita no se contente con cualquier gustillo, que halla en la oración, (como hacen algunos, que en derramando una lagrimilla y sintiendo alguna ternura de corazón, piensan que han ya cumplido á maravilla con este ejercicio) ¡oh ilusos! esto no basta: es nesario más.

Porque así como no basta, para que la tierra fructifique, un pequeño rocío de agua, que á lo más consigue matar el polvo y mojar por la corteza y al exterior la tierra, sino que es menester *tanta agua* que *cale y pènetre* hasta lo íntimo de la tierra productora y la deje harta de agua; de la misma manera es aquí, en la meditación, necesaria la abundancia de este rocío y agua celestial para dar fruto de buenas obras. Y por esto, con mucha razón se aconseja que tomemos para meditar el más largo y sosegado tiempo que pudiéremos, porque si el tiempo es breve, todo él se va en sosegar la imaginación, en aquietar el corazón, no quedando nada para mover la voluntad ni dar rienda suelta á la devoción interna en que se ofrece la criatura á su Criador, sacrificando su amor propio, y proponiéndose la enmienda práctica concreta de lo que precisa y á que se ordena la meditación.

### IX

Cuando el ánima devota fuere visitada en la oración ó fuera de ella con algún particular favor del Señor, conviene que no lo deje pasar en vano, sino que se aproveche de aquella ocasión que se le ofrece, porque con tan propicio y divino viento navegará el alma más en una hora que en muchos días sin él. Así lo practicaba Ntro. P. Santo Domingo de Guzmán, de quien se escribe que era tan particular el cuidado que en esto tenía, que, cuando recibía alguna consolación, ordenaba, si estaba de viaje, que fueran adelante sus compañeros y él quedaba solo rumiando y digiriendo aquel manjar celeste. Los que así proceden, suelen ser comunmente castigados con la pena de no hablar á Dios, cuando lo buscan, pues, cuando Dios los buscaba, no los halló.

### ARTÍCULO VII

#### SE DECLARA MÁS Y MÁS EN QUÉ CONSISTE EL EJERCICIO DE MEDITAR

Es necesario que nuestros afectos y deseos vayan bien fundados en razón, porque el hombre es racional y quiere ser llevado por razón y por vía de entendimiento. Y así *uno* de los fines principales, á que se ha de ordenar y enderezar la meditación, ha de ser para quedar no sólo especulativamente sino en la práctica y dentro de las circunstancias actuales muy *desengañados* y enterados y convencidos de las verdades eternas y resueltos á practicar sus enseñanzas morales, *hic et nunc*. Especialmente á los principios es menester que uno se ejercite más y más en esto para caminar bien fundado en estas reflexiones de las verdades; no se haga superficialmente ni de corrida, ni flojamente, sino con viveza, con mucha atención y re-



poso: en el principio de la vida espiritual, hay que desengañar el corazón con sólidos raciocinios morales prácticamente prácticos. Hay mucha diferencia de meditar á meditar, de conocer á conocer: de una manera conoce el sabio una cosa, y de otra el ignorante ó simple mortal; uno aprende apenas la apariencia de fuera, y otro abarca toda la trascendencia de la verdad. Una piedra preciosa, v. g. la contempla un ignorante, y hasta la admira, y la desea por la hermosura exterior, pero no conoce su valor; mas el turista lapidario la codicia de corazón y procura hacerse con ella, porque conoce su valor intrínseco y no descansa un momento hasta que posee tal riqueza. Así el que *medita*, no sólo gusta y conoce superficialmente, sino que todo lo *menosprecia* y *posterga* por la *margarita preciosa* que *ha encontrado* en la meditación: «*Abiit, et vendidit omnia quae habuit, et emit eam.*» (Matth. XIII, 46). Has de meditar con mucho sosiego y muy despacio la brevedad de la vida y la fragilidad y vanidad de las cosas del mundo, y cómo con la muerte todo se acaba: así menospreciarás las cosas caducas y solamente amarás en la práctica las eternas. Has de meditar muchas veces cuán vana es la estima y opinión de los hombres, que ni pone ni quita nada de lo que *realmente somos*, ni nos hace mejores ni peores, ni Dios premia según el criterio del mundo, y entonces menospreciarás prácticamente lo que tantas disidencias produce en la tierra: la estimación mundanal y humana.

Además, los discursos y reflexiones no han de ser *secos*, meramente especulativos ni simplemente enderezados tan sólo á la inteligencia de la verdad, sino que deben ser prácticos, acomodados á las *circunstancias actuales en que vivimos y ordenados á mover nuestra voluntad* aun dura para practicar aquel grado de virtud, que anhelamos, ú odiar el vicio, de que somos víctima y esclavos todavía.

De lo contrario, no sera meditación, sino estudio; el

alma será engañada al contentarse con *entender la verdad* meditada, pero, nunca obrará conforme á ella; conocerá algo y en general á Dios, pero, nunca le amará prácticamente.

Luego los discursos y las consideraciones de la meditación han de ser tales, que aproximen la voluntad al objeto santo y la arrimen tanto á él, que quede prácticamente enamorado, como dice San Agustín, quien enseña que el alma se ha de levantar á Dios y se acerque tanto á su Divina Majestad que sea abrasada con sus inspiraciones: así lo enseña el Espíritu Santo (1): «*In meditatione mea exardescet ignis.*»

De aquí brotan los afectos *concretos, circunstanciados*, y pueden ser, dentro de la misma materia, muy varios y aun *opuestos* v. g. de arrepentimiento, de dolor, de odio, de aborrecimiento, de confusión, de desprecio de sí mismo, de temor ó de amor, de gratitud, de reconocimiento, de deseo, alegría, gozo, compasión, de propósitos, de peticiones, de acción de gracias, etc. etc., según la disposición y necesidad espiritual actual del que medita.

San Cirilo de Alejandría dice que la meditación es como el dar con el eslabón en el pedernal para que salga fuego; con el discurso del entendimiento has de dar en la meditación golpes en ese pedernal duro de tu corazón, hasta que se encienda en amor de Dios y en el deseo de aquel grado de perfección, á que aspiras, y no has de parar hasta que consigas encenderlo en tan intenso fuego.

No en discursos y sutiles consideraciones consiste la perfección de la vida cristiana sino en los *actos* y operaciones, como enseña Santo Tomás (2). Por esto dijo Gerson: «*Inquirimus, quid sit virtus, non ut sciamus, sed ut boni efficiamur.*» (3).

Así como sería indiscreto el que todo el día emplease en entrar y sacar la aguja sin hilos, así el que gastase el tiem-

(1) Psm. XXVIII, 4.—(2) 1.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup> e q. 3. art. 2.—(3) Gerson, super Magnif. alph. 85. litt. D.



po de meditar en abstracciones y consideraciones y *no se resolviese* á amar prácticamente la virtud ú odiar el vicio.

Por esto aconseja San Ignacio de Loyola que las consideraciones se han de aplicar á sí mismo: «Y referido he *todo á mí; para sacar algún fruto*».

Así como al que tiene hambre, le aprovechará muy poco ponerle delante una mesa muy repleta de variados y buenos manjares, si no prueba bocado de ellos, de la misma manera, nada aprovechará al que ha considerado y *visto* con su entendimiento *grandes* cosas, si no se las aplica, ni obra con su voluntad práctica. De aquí que San Ambrosio diga que «meditationis proceptorum coelestium intentio vel finis est operatio». (1)

De donde se sigue que, siendo el discurso del entendimiento *mero y simple medio* para mover la voluntad á santos afectos, en tanto hemos de usar de tal discurso intelectual, en cuanto es menester y no más, á mover decidida y prácticamente nuestra voluntad, porque los medios se han de medir según el fin; luego en sintiéndonos aficionados y movidos prácticamente en la voluntad con afectos de virtud, dolor de pecados, desprecio del mundo, amor de Dios, deseos de ser postergados y menospreciados y calumniados, *hemos de cortar* el hilo del discurso y del entendimiento, como quien quita á los arcos ó puentes las cimbras de madera, nos hemos de detener y hacer pausa en actuar en los afectos y encendernos más y más en santos ardores y deseos de la voluntad, hasta satisfacerlos y embeber nuestra ánima. Como el hortelano, cuando riega una era, en comenzando á entrar el agua en ella, detiene el hilo de la corriente y deja empapar el agua por las entrañas de la tierra seca, y hasta que está bien empapada y embebida no pasa adelante, así en comenzando á entrar el agua del buen afecto y deseo en nuestra ánima, que es como una tierra sin agua,—(«Anima mea sicut terra sine aqua tibi». Psm. 141. 6) he-

(1) Ambros. Psm. 118 oct. 6 super illud: «et meditabar in proceptu eius».

mos de suspender el discurso del entendimiento y actuar-nos en afectos de la voluntad cuanto pudiéremos hasta que se embeba y empape en el corazón la afición práctica de las virtudes y quedemos bien satisfechos y resueltos á obrar.

San Juan Crisóstomo trae una hermosa comparación para declarar esto mismo: ¿No habéis visto, dice el Santo y elocuente otador, al corderillo cuando va á buscar los pechos de su madre, que no hace sino dar una vuelta por aquí y otra por allí, y ahora toma la ubre y luego la deja; pero, en comenzando á venir el golpe de la leche, luego para, y con sosiego está gozando de ella? Así es en la meditación, pues, antes que venga el rocío del cielo, anda el hombre discurriendo de aquí para allí, pero en viniendo aquel rocío celestial, en el acto debemos parar y gozar de aquella santa suavidad y dulzura. Así lo practicaba el gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán, como más arriba hemos someramente apuntado, así lo practicaba el Santo rey David, cuando dijo: «Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis». Psm. 38, 4), y así lo han enseñado el V. P. Granada, Bto. Enrique Susón, V. Taulero, San Ignacio de Loyola, etc., etc. y así lo han practicado todos los Santos y venerables de la Iglesia Católica.

## ARTÍCULO VIII

¿EL ACTUARNOS Y DETENERNOS EN LOS AFECTOS DE LA VOLUNTAD ES DOCTRINA SEGURA Y ORTODOXA? sí.

El gozarse del amor hallado y deseado y descansar en él como objeto de la voluntad es santo y perfecto. Y así lo practica el alma enamorada de su Dios, cuando le halla en la meditación: «Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam» (1).

(1) Cant. III, 4.



Y Dios quiere no se le despierte ni distraiga el alma de tan santos afectos y coloquios: «Adjuro vos, filiae Jerusalem, per capreas cervosque camporum, ne suscitatis, neque evigilare faciatis dilectam, donec ipsa velit» (1).

San Agustín (2) dice que todas las partes de la meditación se ordenan a producir esta moción práctica de afectos operativos en obsequio de Dios: «Lectio inquirat, oratio postulat, contemplatio delectat, meditatio *invenit*».

El sapientísimo Alberto Magno, Ord. Praede. enseña (3) que ésta es la diferencia que hay entre la contemplación de los fieles católicos y la de los filósofos gentiles: la meditación de los filósofos toda se ordena a perfeccionar el entendimiento con el conocimiento de las verdades conocidas, y así finaliza en el entendimiento; pero, la meditación de los católicos y Santos no para ni finaliza en el entendimiento, sino que pasa adelante, á regular y mover la voluntad, inflamarla y encenderla en el amor de Dios, conforme aquello de los Cantares (Cant. V, 6.) «Anima mea liquefacta est, *ut locutus est*». Y Sto. Tomás (4) enseña que la última perfección de la meditación está en el amor y afecto de la voluntad: de manera, que el intento y fin principal de nuestra meditación ha de ser el afecto práctico de la voluntad y el amor de Dios.

De esta manera nos enseñó á orar Ntro. Señor Jesucristo: «Orantes autem nolite *multum loqui*» (5).

S. Agustín escribe: «Aliud est sermo multus, aliud dinterturnus affectus; absit ab oratione multa locutio, sed non desit multa precatio» (6); «Negotium hoc plus gemitibus, quam sermonibus agitur».

En la meditación no se negocia con Dios con retóricas, ni con sutileza ni abundancia de discursos ni con delicadeza de frases ni profundidad de pensamientos y razones, sino con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del

(1) Cant. III. 5.—(2) August. lib. «De scala Paradisi.»—(3) Albertus Magnus—lib. de adhaerendo Deo.—(4) S. Thom. 2-2, q. 180, art. 7.—(5) Matth. —7, VI—(6) D. Agust. lib. de orando Deum, cap. 10 qui est Epist. 121 ad Prob.

corazón, conforme aquello del profeta Jeremías: «Neque taceat pupilla oculi tui» (1).

Es de notar que el buen éxito de la meditación *depende de la gracia divina*, para lo cual es mucho mejor disposición una buena voluntad que un elevado entendimiento y un saber sublime, como dice Santa Teresa: (2) *Para lo cual no son menester fuerzas corporales, sólo por amor.*

Y en el capítulo 50 del «Camino de Perfección», dice Santa Teresa: «Dios es muy amigo de quitarnos trabajo... Cuando de buena gana se está con nosotros y nos regalamos con Él *no es amigo de que nos quebrems la cabeza*».

Y en el libro de las *Moradas*, cap. IV. 3, dice la simpática *dominica in passione*, predilecta discípula del P. Báñez, Ord. Praed.: «Cuando Su Majestad quiere que el entendimiento cese *de discurrir*, ocúpale por otra manera: y da una luz en el conocimiento tan sobre lo que podemos alcanzar, que le hace quedar absorto, y entonces, sin saber cómo, queda muy mejor enseñado que no con todas nuestras diligencias, *las cuales serían más bien para echarlo á perder*.... y Dios nos dió las potencias para que con ellas trabajásemos.... *no hay para qué las encantar*, sino dejarlas hacer su oficio *hasta que Dios las ponga en otro mayor*» ó sea abrasarse en santos afectos y amorosos coloquios.

Y advierten los maestros de la vida espiritual que es *necesario* que el ejercicio del entendimiento ó discurso no sea demasiado, porque *suele impedir* mucho la moción y afecto de la voluntad, que es lo principal; y añade el P. Rodríguez, «especialmente cuando uno se detiene en consideraciones sutiles y delicadas, se impide más esto.» La razón es sencilla: la virtud del alma es limitada, y cuanto más se derrama por el entendimiento, tanto menos

(1) Trhen. II, 18.—(2) Santa Teresa, Fundc. cap. 14.  
VOLUMEN II.



intensamente se actuará con la voluntad; es un desacato á la *moción* Divina el entretenerse en discursos humanos cuando se ha hecho presente en el ánimo para dialogar con ella; y el fin de toda meditación no es sutilizar ni profundizar sino *encender* y ablandar la voluntad: luego encontrada la brasa y encendida la hoguera, lo lógico es aproximarnos más y más para calentarnos y abrasarnos en el fuego divino: «In meditatione mea exardescet ignis,» que dice el salmo 38, y «anima mea liquefacta est, ut locutus est», que dice el Cantar de los Cantares, cap. V. v. 6.

Esto mismo se deduce de estos inspirados versos del alma *iluminada* y enamorada de su Dios, retratada por S. Juan de la Cruz:

¿Adónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?  
Como el ciervo huiste,  
Habiéndome herido;  
Salí *tras tí clamando* y ya eras ido.

Pastores, los que fueredes  
Allá por las majadas al otero,  
Si por ventura vieredes  
Aquel, que *yo más quiero*,  
Decidle que *adolezco, peno y muero*.

Buscando mis amores,  
Iré por esos montes y riberas,  
NI COGERÉ LAS FLORES,  
NI TEMERÉ LAS FIERAS,  
*Y pasaré los fuertes y fronteras.*

¡Oh bosques y espesuras,  
Plantadas por la mano del Amado,  
Oh prado de verduras,  
De flores esmaltado,  
Decid, si por vosotros ha pasado!

Bajo los simbolismos místicos de S. Juan de la Cruz, ¿quién no ve que el alma sólo desea *saciarse* en la *posesión de su Dios*, prescindiendo de las *flores* de la curiosidad, de los *bosques* y *espesuras* de los misterios filosóficos, y relegando al olvido la *consideración de la razón* en el hermoso y delicado simil *del prado de verduras de flores esmaltado?*

Y donde se ve aún mejor el ardimiento de la voluntad, es en estos caldeados versos del alma á su Dios:

¡Ay! quién podrá sanarse!  
Acaba de entregarte ya de vero,  
No quieras enviarme  
De hoy más *ya mensajero*,  
Que no saben decirme lo que quiero.

Y todos *cuantos vagan*,  
De tí me van *mil gracias refiriendo*,  
Y *todos más me llagan*,  
Y *déjanme muriendo*  
Un no sé qué que quedan balbuciendo

Mas, ¿cómo perseveras,  
Oh vida, no viviendo, donde vives,  
Y haciendo porque mueras,  
Las flechas que recibes,  
De lo que del Amado *en tí concibes?*

¿Por qué, pues, has llegado  
A aqueste corazón no lo sanaste?  
Y, pues, me lo has robado,  
¿Por qué así lo dejaste,  
Y no tornas el robo, que robaste?

Apaga mis enojos  
Pues que ninguno basta á deshacellos,  
y *véante mis ojos*,  
pues, eres lumbre de ellos



Y sólo para Tí quiero tenellos.

DESCUBRE tu *presencia*  
Y máteme tu vista y hermosura;  
Mira que la DOLENCIA  
Del AMOR, NO SE CURA  
Sino con la *presencia* y la figura.

¡Oh cristalina fuente,  
*Si en esos tus semblantes plateados*  
Formares de repente  
Los ojos deseados  
Que tengo en mis entrañas dibujados!

Apártalos, Amado,  
Que voy de vuelo.....  
Mi alma se ha empleado  
Y todo mi caudal, en su servicio,  
Ya no guardo *ganado*  
*Ni ya tengo otro oficio*  
*Que ya sólo en amar es mi EJERCICIO!*

Pues ya si en el ejido  
De hoy más no fuere vista ni hallada,  
Diréis que me he perdido,  
Que, andando enamorada  
Me hice perdidiza y fuí GANADA.

De aquí es, dice Gersón (1) que muchas veces los que no son letrados tienen más perfecta oración y meditación que los grandes sabios, porque se desaguan menos por el entendimiento, no ocupándose ni distrayéndose en especulaciones, ni en curiosidades, sino procurando luego con consideraciones llanas y sencillas, mover y aficionar la voluntad; y más les mueven á ello esas consideraciones humildes y caseras y más efecto hacen en ellos que en los otros las altas y delicadas.

(1) Gersón, p. 3, de Monte Contemplat.

Por eso pregunta el P. Scaramelli: ¿qué doctrina ni sabiduría ni sutileza de entendimiento tenían Catalina de Sena, Teresa de Jesús, Rosa de Lima, Magdalena de Pazzis, Gertrudis, Francisco de Paula y Francisco de Asís, etc. etc.? Y, no obstante, ¡qué perfectísima meditación la de tales Santas y Santos!! «Humilibus dat gratiam» «et exaltavit humiles», et «Beati mundo corde».

S. Ambrosio (serm. 72) pregunta: ¿Por qué, deseando el Real Profeta volar y subir á lo más alto, pide solamente alas de palomas, («Quis dabit mihi pennas sicut columba et volabo, et *requiescam*» Psm. 4.) y no exige ni suplica de otras aves más ligeras, v. g. del águila? Y responde el Santo Padre: porque sabía muy bien que para volar á lo alto de la perfección y tener muy buena y perfecta meditación, mejores son las alas de la paloma; esto es, mejores son los simples de corazón que los agudos y delicados de entendimiento, pues, leemos en los Proverbios: (cap. III, 32) «Cum simplicibus sermocinatio ejus».

Y confirmando esta doctrina, dice el V. P. Granada Ord. Pred. «*Mucha* más cuenta se ha de tener con el ejercicio de la voluntad que con el del entendimiento; por ser este más *fructuoso*. Porque muchos letrados hay que conocen muchas y muy altas cosas de Dios, y... *le aman poco*; y muchos filosofos, dice el Apóstol, (Rom. I.).. conocieron á Dios, más no le glorificaron y sirvieron. Y no pretendemos aquí alcanzar conocimiento especulativo de Dios (aunque éste sea bueno) cuanto amor y temor suyo, aborrecimiento del pecado, menosprecio del mundo y de sí mismo, alegría en el espíritu Santo y entrañable devoción, con otros tales afectos *que son movimientos y obras de la voluntad*, en los cuales consiste todo nuestro bien. Del entendimiento nos servimos para que alumbre, guíe y despierte á la voluntad á estos santos afectos y movimientos. Así como el aguja es necesaria para coser; no porque sea ella la que cose, sino el hilo; mas no puede entrar el hilo sin ella, así etc. Por donde, así como sería grande error



gastar el hombre *todo* su tiempo y trabajo en los *medios*, dejando el fin, así también lo es el de algunos, que más usan del entendimiento que de la voluntad, y más parece que están allí estudiando para predicar, que meditando para orar, y para aficionarse á las cosas de Dios».

Y concluye el V. P. Granada «No dieron los ángeles, cuando el Señor nació, paz á los hombres de *buen* entendimiento sino á los de *buena voluntad* (Lucae, 2); en cuya reformation está nuestra santificación; pues, muchas veces vemos que se halla buen entendimiento sin buena voluntad; mas nunca se halla buena voluntad sin *sano* entendimiento.» (P. Granada, tratado 6.º De la Oración mental, párrafo II.)

#### ARTÍCULO IX

NO OBSTANTE LO EXPUESTO EN EL ARTÍCULO ANTERIOR  
ES CONVENIENTÍSIMO Y NECESARIO  
MEDITAR É IR DESPACIO EN LAS CONSIDERACIONES:  
NO SE DEBE PASAR SUPERFICIALMENTE SOBRE  
LOS PUNTOS DE LA MEDITACIÓN

La razón del enunciado es que, humanamente y de ordinario, de la luz y grado de inteligencia brota la intensidad del movimiento de la voluntad; y cuanto más seentienda una verdad, más se ama: á los grados del entendimiento corresponden los grados de la voluntad y la voluntad no puede amar lo que no conoce: «ignoti nulla cupido.» Más aprovecha, dice el P. Rodríguez, un misterio bien considerado, que muchos superficialmente mirados.

Por esto, S. Ignacio de Loyola, recomienda tanto las repeticiones de las meditaciones, porque lo que no se halla la primera vez, insistiendo otra vez y reiterando y á fuerza de mirar y remirar, de escarbar la tierra, se halla la piedra preciosa, y á fuerza de llamar abren; y por esto dijo Jesucristo: «Quia qui quaerit, invenit, et pulsanti aperietur» (1).

(1) Matth. XII, 8.

Moisés dió con la vara en la piedra, y no sacó agua; pero, lleno de fe y humildad, dió otro golpe, y sacó agua: «cumque elevasset Moyses manum, percutiens virga *bis* silicem, egressae sunt aquae largissimae; ita ut populus biberet et jumenta» (1).

Jesucristo no curó al ciego de una vez, sino que fué curándole poco á poco: primero, le echó saliva en sus ojos y preguntóle si veía algo. Unos bultos, contesta, pues, no diviso bien aún los objetos; los *hombres le parecían árboles*: «Video homines velut arbores ambulantes.» (Marc. VIII, 24). Tornó Jesucristo á poner las manos sobre sus ojos, y sanóle del todo y entonces vió clara y distintamente.

Sucede en la meditación como cuando uno entra en un aposento oscuro, en que, al principio nada ve, después algo ya divisa, y si se detiene, examina y distingue todo: entonces solamente puede amar ó aborrecer los objetos allí existentes.

Al primer golpe del pedernal no salta muchas veces la chispa de fuego, que encienda la yesca; ni el hierro se dobla al primer martillazo, ni el carbón húmedo se enciende en el primer momento y el cariño nacido á primera y única vista no es tan intenso como el criado con conocimiento de causa y después de madurez y reflexión.

Dijimos en otro artículo que es necesario empaparnos bien, ir bien fundados, quedar muy desengañados y enterados de las verdades y de la necesidad de las resoluciones y que éste era ya un fruto importantísimo de la meditación: y ¿cómo conseguir todo ésto si vamos á la ligera y superficialmente?

Nos sucederá lo que á los del campo, que encienden la hoguera con leña verde; se hace un poco de fuego, saca mucho humo y luego se apaga.

Seremos hombres-veletas, que no tendremos juicio propio y seremos de la última impresión que recibamos.

(1) Numer. XX, 11.